

**Trigésimo Domingo
del Tiempo Ordinario**



Cuando le preguntan por qué come y bebe con publicanos y pecadores, Jesús contesta “los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Lucas 5, 31-32). Como familiares afectados por la adicción, sabemos lo que se siente estar muy angustiados; que nuestra paz, confianza y alegría sean consumidos por la preocupación y el control. Pero por medio de la recuperación, se nos recuerda a diario que la misericordia de Dios es para todos nosotros. Volver con humildad hacia Él, admitiendo nuestra impotencia, y abriéndonos a Su voluntad nos mantiene alineados a la esperanza que Su gracia provee.

La conversión no es un evento único, sino un recorrido cotidiano. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos da una guía práctica: “La conversión se realiza en la vida cotidiana mediante gestos de reconciliación, la atención a los pobres, el ejercicio y la defensa de la justicia y del derecho, por el reconocimiento de nuestras faltas ante los hermanos, la corrección fraterna, la revisión de vida, el examen de conciencia, la dirección espiritual, la aceptación de los sufrimientos, el padecer la persecución a causa de la justicia. Tomar la cruz cada día y seguir a Jesús es el camino más seguro de la penitencia” (CIC 1435).

El Paso 2, “Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio”, nos invita a entregar nuestros intentos de arreglar a nuestros seres amados, y mejor poner nuestra fe en el poder restaurador de Dios. Cuando suplicamos por ayuda, Él nos escucha. La Primera Lectura de este domingo nos recuerda que Dios escucha a un corazón humilde (Sirácide 35, 15-20):

*El Señor es juez,
y para él no cuenta el prestigio de las personas.
Para él no hay acepción de personas en perjuicio del
pobre,
sino que escucha la oración del oprimido.
No desoye los gritos angustiosos del huérfano
ni las quejas insistentes de la viuda.
Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído
y su plegaria llega hasta el cielo.*

Al crecer en la fe, aprendemos que la humildad, y no la perfección, es la puerta a la paz. Estamos culturalmente condicionados a esconder nuestras debilidades y a sobresalir por medio de nuestras fortalezas, pero en la recuperación descubrimos que lo opuesto es lo auténtico: nuestras debilidades nos unen a los demás y a Dios. Al admitir nuestros temores y limitaciones, nos abrimos a la gracia.

El Evangelio de este domingo presenta una viva imagen de la humildad y de la autoconciencia (Lucas 18, 10-14):

*“Dos hombres subieron al templo para orar:
 uno era fariseo y el otro, publicano.
 El fariseo, erguido, oraba así en su interior:
 ‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás
 hombres:
 ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese
 publicano.
 Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas
 mis ganancias’.
 El publicano, en cambio, se quedó lejos
 y no se atrevía a levantar los ojos al cielo.
 Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo:
 ‘Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador’.
 Les aseguro que este último volvió a su casa justificado,
 pero no el primero;
 porque todo el que se ensalza será humillado
 y el que se humilla será ensalzado.”*

Como el publicano, aprendemos que nuestra paz no se encuentra en la comparación o en juzgar, sino en la honestidad y la humildad. Cuando dejamos de sacar a relucir los defectos de los demás y mejor miramos hacia adentro con compasión, comenzamos a experimentar una transformación real. Dios conoce nuestros corazones (el dolor, el miedo y el anhelo que yacen debajo de nuestros comportamientos) y se encuentra con nosotros en su misericordia.

Cuando admitimos nuestras debilidades, nos hacemos responsables de lo que nos toca, y entregamos el resto, encontramos la serenidad para seguir a Cristo, un día a la vez. Al hacerlo, caminamos en unidad con otros que buscan la sanación y nos convertimos en instrumentos de la misma misericordia que nos ha sanado.

Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo te ha ayudado la humildad a encontrar paz en tus relaciones familiares?
- ¿Qué significa para ti el “hacer tu propio inventario” en lugar de enfocarte en el de alguien más?
- ¿En qué aspectos te está invitando Dios a entregar el control y confiar en Su justicia y misericordia?

6]Ybj Yb]Xo U7UkE]WgYb FYWdYFU]CB

*9gUa cgU] fUXW]XcgXYei YgYg'dUfHYXYbi YgfU'
 Wa i b]XUXniHYUbj]a Ua cgUei Ygl] UgfY] fYgUbXc*

▽ J]g]HUA]c]M]bYWj YnWa 'dUfY Y'i bU]g]HUA]d'YU
 XYfYi b]cbYgX]gdc]VYg'fYWfgcgXYfYWdYFU]CB'Y
]bZfa U]CB'gcVfYWA c'Wa YbnLf

▽ HYdY]a cg'dU]Mb]Ua]Yb]fUg]fUX]W]a cga zg'fYWfgcg'
 ma UHf]UYgU YgdU c'

▽ H]b'UgY]i f]XUXXYei Yhi 'dUfY]W]U]CB'ndfYgYb]UYb'
 Yg]Ug'fYi b]cbYg'gYa Ub]MbXfzb WbZXYb]UYg'

▽]afYgX]bc XY'JYfHUXzi bUj]Xubi Yj UnfYWdYFU]CB''

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Sirácide (Eclesiástico) 35, 12-14, 16-18

Salmo Responsorial: Salmo 34, 2-3, 17-18, 19, 23

Segunda Lectura: 2 Timoteo 4, 6-8, 16-18

Evangelio: Lucas 18, 9-14